

bre de Meónida que le daban, esto es, hombre del país de Esmirna, y sobre todo el de Melesígenes, apellido aun mas significativo: Melesígenes es el hijo de Esmirna mismo, el hijo de la ciudad bañada por el Méles. La tradicion de los esmirneses tiene además la ventaja de concordar con la de los atenienses, y hasta con la de Colofon. Por lo demás, no nos importa mucho que Homero naciese en Esmirna ó en Chios: lo que aparece manifesto, á la sencilla lectura de sus poemas, es que pertenece á la Grecia de Asia, á la region afortunada en donde se desarrollaron con tan poderosa energía los fecundos elementos llevados por todas las familias de la raza helénica. Homero era jonio de nacimiento, á juzgar por mil hechos significativos: sabido es, por ejemplo, el importante papel que en los poemas homéricos desempeña Minerva, ó Pálas Atenea, la gran diosa de los jonios; no hay en Homero indicio alguno de ciertas costumbres, de ciertos usos introducidos en Grecia por los dorios, mientras registra otros particulares á las ciudades jónicas, como la division en *fratrias* y la existencia de la clase de los *thetas*. Un espartano observa en las *Leyes* de Platon que Homero describió una sociedad jónica, mucho mas que el modo de vivir de los lacedemonios. Por otra parte, véase con qué exactitud geográfica habla el poeta, aunque de paso, de lugares situados en la Jonia del Norte y en la Meonia vecina, esto es, en las comarcas donde nació, segun la tradicion de los esmirneses. «Los meonios tenian por jefes á Mestles y Antifo, ambos hijos de Talémenes, ambos engendrados por el lago Gigeo, quienes acaudillaban á los meonios que nacieron al pié de Tmolo (1).» Y en otro lugar: «Tu raza vive cerca del

(1) *Iliada*, canto II, v. 864 y sig. y en el cual se habla como si Homero fuera jonio.

lago de Gigeo, allí donde se halla tu dominio paterno, no léjos del piscifero Hyllo y del undoso Hermo (1).» Y tambien: «Ahora, en alguna parte entre las peñas, en los desiertos montes, en el Sipilo, allí donde están, segun dicen, las moradas de las ninfas divinas que danzan á lo largo de las márgenes del Aqueloo; allí, por mas que sea toda de piedra, Niobe sufre los dolores con que la afligieron los dioses (2).» Todos esos nombres, todos esos pormenores que se acumulan como por sí mismos, todas esas imágenes que sirven par caracterizar los objetos, atestiguan que Homero conocia aquellos lugares mucho mas que como simple viajero. En ellas veo uno como retorno involuntario á las escenas del país natal, y uno como recuerdo de las impresiones de la infancia. Pudiéramos justificar con un sin número de ejemplos la feliz sentencia de Aristarco: «En el pecho de Homero late un corazon jónico.»

Tradiciones vulgares de la vida de Homero.

La vida de Homero es desconocida; quiero decir que no existe un solo escrito antiguo en que fundarnos para sentar sus pormenores. Las supuestas *Vidas de Homero* que poseemos son compilaciones de fábulas mas ó menos ingeniosas, allegadas por autores sin crítica en el fárrago de los gramáticos y comentadores de los tiempos de la decadencia. Esas relaciones, algunas veces agradables y á menudo ridiculas, no sufren el exámen; y nada tienen, absolutamente nada histórico ni auténtico. Quédense pues para los aficionados á novelas y cuentos. Todo lo que podemos conceder,

(1) *Iliada*, canto XX, v. 390 y sig.

(2) *Ibid.*, canto XXIV, v. 614 y sig.

es que el verdadero Homero, como el de la leyenda, había viajado y visto mucho, y experimentado los caprichos de la fortuna y la injusticia de los hombres. Las tradiciones, si á estos términos nos atenemos, nada tienen que no sea natural y verosímil. La vida de Homero hubo de asemejarse á la de los aedas, cuyos hechos nos describe él mismo. Dícese que cegó en su vejez, y que, como Demodoco, no cesó de cantar hasta su último día. Los escultores y los pintores griegos solían representarle bajo la figura de un venerable anciano de ojos apagados, pero de frente radiante de pensamiento. A la verdad, no es ese el arrebatado poeta de la *Iliada*, el pintor de Aquiles y de Ajax; pero ¿quién impide conocer en esa noble imágen al maravilloso narrador que al declinar de su vida hilaba la ingeniosa trama de las aventuras de Ulises? Casi no conocemos sino al Homero ciego, y este es el único que á nuestros artistas les gusta reproducir; y sin embargo, nos quedan monumentos antiguos en que Homero aparece vivo de ojos y jóven, ó al menos en el vigor de la edad, como en las monedas de los esmirneses, como en ciertas medallas contorneadas, como en varios bajos relieves y cuadros reproducidos por Millin en su *Galéria mitológica*. Una de esas representaciones me llamó sobremano la atención: el poeta, levantado al cielo los ojos, es llevado léjos de la tierra por un águila; la *Iliada* y la *Odisea* asisten á su apoteosis: la una con el casco y la lanza, símbolos guerreros que caracterizan bien la epopeya de las batallas; la otra con un remo y el *pileo*, ó gorro de los marinos símbolos no menos característicos de la epopeya de los viajes. Por lo demás, casi todas las imágenes de Homero son apoteosis: casi todas, hasta las que no son mas

que simples cabezas, nos le muestran con el *estrofo*, diadema ó cinta que era el distintivo de la divinidad. Respecto de los dos poemas, se les figuraba como hemos dicho, ó bien con dos símbolos jeroglíficos, esto es, la espada para la *Iliada*, y el pileo para la *Odisea*.

Carácter de los dioses de Homero.

No repetiremos aquí lo que ya llevamos dicho de los orígenes de la poesía de Homero. Este no creó á sus dioses, ni á sus héroes, ni los acontecimientos consignados en sus poemas: hablar así no es rebajar su divino genio. Júzguese por lo que vamos á decir si no respetamos al príncipe de los poetas.

Júpiter era adorado en Grecia mucho antes del nacimiento de Homero; pero desde que este hubo cantado ya no se ofreció Júpiter á la imaginación de los hombres sino con los rasgos con que trazara el poeta su figura. « Dijo, y el hijo de Saturno hizo con sus negras cejas una señal de consentimiento; los cabellos del monarca, perfumados con ambrosía, agitáronse en su inmortal cabeza, y estremeciéndose el vasto Olimpo (1). » Ese es el señor de los dioses y de los hombres; ese es el Júpiter á quien consagró en el santuario de Olimpia un artista digno de Homero. Ante ese Dios vivo, ante esa realidad terrible, ¿qué es, por ejemplo, el Júpiter de los *Orficos*, esa abstracción vaga, ese nombre que lo es todo, y que permanece abismado en la nada de su absoluta existencia sin llegar á ser mas que un nombre?

Lo que de Júpiter decimos, aplicase mas ó menos á to-

(1) *Iliada*, canto I, v. 528 y sig.

dos los dioses que intervienen activamente en las epopeyas homéricas. Homero fué mucho tiempo para la Grecia el teólogo por excelencia: su gloria religiosa no comenzó á oscurecerse sino ante el verdadero Dios, el que los filósofos hallaron en el fondo de la conciencia humana, el de Apaxágoras, Sócrates y Platon; y solo fué eclipsada por la luz del cristianismo.

Respecto de los héroes, Homero puede reclamarlos como suyos aun con mas razon que sus dioses.

Carácter de Aquiles.

El carácter de Aquiles es el triunfo del genio de Homero. Aquiles es á un tiempo héroe y hombre, y esto constituye el profundo interés de la *Iliada*; la pasión le ciega; jura á los griegos un odio implacable; su desesperación á la muerte de Patroclo, el furor de venganza que le arrebató, su encarnizamiento contra Hector, todas esas debilidades de un alma imperfecta, germinan en el corazón humano, y los acentos del poeta que las narra vibran hasta el fondo de nuestras entrañas; pero desde el principio hasta el fin del poema, el alma de Aquiles va purificándose, y se engrandece progresivamente: la porción divina de aquella poderosa naturaleza se desembaraza poco á poco de las nubes de la pasión y de la ira, y brilla al fin con toda su natural esplendor. Desvanécese el hombre, y solo queda el héroe.

En el primer día de la desavenencia, mirando Aquiles cara á cara al rey de los reyes, le dice: « Borracho de ojos de perro, de corazón de ciervo, nunca has tenido el valor de armarte para la guerra al mismo tiempo que el

pueblo, ni de ir de emboscada con los mas valientes aqueos: eso te parece la muerte misma. Ciertamente vale mucho mas ir con el grande ejército de los aqueos á quitar el botín de los que han podido contradecirte. Rey que devoras al pueblo; pero; si mandas á villanos! A no ser así, Atrida, tu ultraje de hoy hubiera sido el último (1). » Vuelto despues en sí por el exceso del dolor, Aquiles reconocerá lealmente su culpa: « Atrida, lo que hacemos en este momento, hubiéranos sido mas útil á tí y á mí, hacerlo cuando ambos, con el corazón lleno de amargura, nos entregamos por una jóven á las devoradoras disensiones y á la cólera (2). » Y mas adelante: « Gloriosísimo Atrida, Agamenon, caudillo de los guerreros, tú puedes, á tu discreción, ofrecerme estos presentes, como lo exige la equidad, ó guardarlos; pero por hoy pensemos solo en combatir cuanto antes, pues no conviene que perdamos aquí el tiempo hablando ó no haciendo cosa alguna: aun hemos de llevar á cima grandes obras; véase de nuevo á Aquiles entre los primeros combatientes, destruyendo con su lanza de bronce las falanges troyanas; y vosotros, como él, pensad todos en pelear denodadamente (3). »

En la embriaguez de la victoria, cuando acaba de vengar á Patroclo, y Hector está tendido á sus piés, su pensamiento se turba, y sus feroces instintos estallan con toda su salvaje rudeza, insultando de palabra los insensibles restos de su enemigo: « Pues qué! Hector, tú te lisonjeabas, al despojar á Patroclo, de preservar tu vida; y no

(1) *Iliada*, canto I, v. 225 y sig.

(2) *Ibid.*, canto XIX, v. 56 y sig.

(3) *Ibid.*, canto XIX, v. 446 y sig.

me temias , porque estaba ausente. ¡ Insensato ! quedábale yo en los profundos bajeles , yo, vengador preparado, mucho mas fuerte que él ; yo, que te he derribado. Los perros y las aves rapaces te despedazarán ignominiosamente, y á él los aqueos le harán funerales (1).» Pero déjese exhalar esa impetuosa embriaguez , déjese que la razon recobre su imperio , y el hombre divino reaparecerá mas grande que nunca , mas hermoso , mas completamente héroe. ¿ Quién no se acuerda de la incomparable escena , del sublime cuadro , de lo mas solemne y mas patético que nunca ha producido la poesía ?

« Entra el gran Príamo sin ser visto , detiéndose junto á Aquiles, abrázale las rodillas y besa las terribles manos homicidas que le han muerto mas de un hijo. Así como cuando un hombre ha cometido un asesinato en su patria , y oprimido por el peso de su maldad se refugia en un pueblo extranjero y penetra en la casa de un opulento ciudadano , quedan pasmados todos los asistentes ; así Aquiles queda pasmado al ver á Príamo semejante á los dioses ; los demás , tambien sobrecogidos de estupor , se miran entre sí ; y Príamo suplica á Aquiles en estos términos :

« Acuérdate de tu padre , Aquiles igual á los dioses. Tiene mi edad , y se halla en el funesto umbral de la vejez ; y quizás los pueblos vecinos le asedian y agobian , y nadie hay que aleje de él la guerra y la muerte. Pero á lo menos , cuando oye decir que vives , alégrase de corazon , y además espera cada dia que volverá á ver á su querido hijo venido de Troya. En cuanto á mí , soy el hombre mas desventurado , pues habia engendrado hijos muy valientes en

(1) *Iliada*, canto XXII, v. 331 y sig.

la gran Troya , y de fijo ya no me queda ninguno. Tenia cincuenta cuando vinieron los hijos de los aqueos: diez y nueve me habian nacido del mismo seno , y algunas mujeres me habian dado los demás en mis palacios. Los mas han perecido á los golpes impetuosos de Marte ; pero el único que me quedaba , que defendia la ciudad y á nosotros mismos , tú le has muerto poco há , mientras combatia por su país ; tú has muerto á Hector ! Por causa suya vengo ahora hácia las naves de los aqueos, para rescatarle de tus manos , y traigo un inmenso rescate. Ahora bien ! respeta á los dioses , Aquiles , y tén lástima de mí , por la memoria de tu padre. Soy mas digno de compasion que él , pues he tenido el valor de hacer lo que nunca ha hecho otro mortal vivo en la tierra: he acercado á mi boca la mano del matador de mis hijos.»

« Dice ; y Aquiles , pensando en su padre , siente nacer la necesidad de llorar ; toma de la mano al anciano , y le aparta suavemente de sí. Entréganse ambos á sus recuerdos : Príamo se aflige por el homicida Hector , y llora copiosamente postrado á los piés de Aquiles ; y este tambien llora por su padre , y alguna vez por Patroclo. Y sus gemidos llenan las moradas (1).»

Voltaire ha escrito en alguna parte: « Homero nunca ha hecho derramar llanto. El verdadero poeta es , á mi entender , el que conmueve el alma y la enternece ; los demás son cultiparlistas. » Verdad es que Voltaire hallaba muy imperfecto el discurso de Príamo , y que hasta rehizo completamente toda la escena entre el mismo y Aquiles. Por nuestra parte no tenemos las mismas razones que él

(1) *Iliada*, canto XXIV, v. 447 y sig.

para hallar excelentes sus correcciones, y ninguna para desmentirnos á nosotros mismos negando que Homero conociese lo patético. Cítanse opiniones ineptas; mas no se discuten. No demostramos con argumentos que Homero no es un cultiparlista, y que ha hecho derramar lágrimas.

No dejaremos á Aquiles sin copiar otro pasaje, que si bien menos célebre que el arriba transcrito, no es menos característico; y en él se revelan ya los mas nobles instintos del alma del héroe.

« Entretanto Antíloco, el de los piés veloces, va á dar la nueva á Aquiles, á quien halló delante de los bajeles de levantados extremos, temiendo en sí lo que ya estaba cumplido. Gemia, y decia á su corazón magnánimo:

« ¡ Ah! ¿ Porqué los aqueos de larga cabellera corren espantados por la llanura, huyendo de nuevo hácia las naves? Recelo que los dioses han hecho las desgracias que mi corazón teme; pues contóme un dia mi madre y predijome que el mas valiente de los mirmidones dejaria, en vida mia, la luz del sol, á los golpes de los troyanos. ¡ Ay! sí, el arrojado hijo de Menecio ha muerto. ¡ Infeliz! yo le habia encomendado que tornara á los bajeles despues de rechazar el fuego destructor, y que no lidiara valerosamente contra Hector.»

« Mientras vagaban esos pensamientos por su mente y su corazón, acércase el hijo del venerable Nestor, y deshecho en vivas lágrimas le participa la dolorosa nueva:

« ¡ Ah! hijo del belicoso Peleo, vas á saber un suceso en verdad funestísimo, que no hubiera debido acontecer. Patroclo yace por tierra, y pelean en torno de su despojado cadáver: sus armas están en poder del valiente Hector.»

« Dice, y una negra nube de dolor envuelve á Aquiles. Coge ceniza con ambas manos, derrámala sobre su cabeza, y cubre con ella su graciosa frente, ennegreciendo por todos lados su túnica divina. Estaba tendido en el polvo, cubriendo con su gran cuerpo un grande espacio, y con sus propias manos se mesaba furiosamente la cabellera. Las mujeres que le servian, cautivas que eran la parte de Aquiles y de Patroclo en el botín, vense acometidas de una violenta desesperacion, y arrojan estentóreos gritos; precipítanse fuera de las tiendas, y rodean al belicoso Aquiles: todas se golpean el pecho con las manos; todas sienten que les flaquean las rodillas. Antíloco, por su parte, se lamentaba, lloraba, y tenia las manos de Aquiles. Este exhalaba suspiros del fondo de su generoso corazón, pues temia que Hector cortase con el acero la garganta del cadáver; y sus sollozos resonaban con un ruido terrible (1).»

Carácter de Ulises.

El carácter de Ulises no ofrece esas tempestades internas: ya no es la lucha de las pasiones violentas contra mas nobles instintos, el eterno combate del hombre y del héroe. Ulises está en paz consigo mismo; pero unos dioses airados le han declarado la guerra, y ha de luchar con ellos; tendrá que arrostrar el peligro bajo todos los aspectos, y sobre las potencias de la naturaleza desatadas por los dioses, alcanzará el héroe sus mas brillantes victorias. En la *Iliada* es ya Ulises lo que es en la *Odisea*, el prudente sobre toda prudencia, avisado, fecundo en ardidés y en útiles consejos, el tipo en fin de la actividad inteligente, si no de la

(1) *Iliada*, canto XVIII, v. 2 y sig.

virtud austera. Además, la desgracia aguzará aun su ingenio, y manifestará en toda su energía esa firmeza industriosa que nunca se cansa ni desanima. No decimos que jamás proflera queja alguna, pues lo hace, por el contrario, con amargura, y mas de una vez maldice de corazón el día en que vino al mundo; pero el amor á la vida y la esperanza de reunirse con los suyos vigorizan y fortalecen su paciencia y valor. « Obsérvense sus palabras, dice Saint-Marc Girardin, y aparece débil, abatido; obsérvense sus acciones, y muéstrase firme, indomable. » El que lea la admirable descripción de la tempestad que arroja á Ulises á las costas de la isla de los feacios, le verá en todo su carácter, débil al par que firme, abatido al par que indomable, según atienda á sus palabras ó á su conducta. Transcribiremos un corto pasaje de otra parte del poema, para justificar un aserto del citado crítico, esto es, que no hay el menor punto de semejanza entre la paciencia de Ulises y la resignación cristiana. Cuando Ulises despierta en la playa donde le han dejado los feacios, no conoce su patria: « Levántase... golpéase ambos muslos con la palma de las manos, y exclama arrojando un suspiro: ¡Ay! ¿ En qué país me hallo? ¿ Son sus moradores insolentes, salvajes, injustos; son hospitalarios, y respeta su alma á los dioses? ¿ A dónde llevaré estos tesoros? ¿ A dónde iré? ¡ Ah! ¡ porqué no me quedé allá, entre los feacios! Hubiérame dirigido á algun otro rey magnánimo, que me habría recibido bien y ayudado para mi regreso (1). » Pero ese mismo hombre, á quien espanta lo desconocido, y que se desespera como el mortal mas vulgar, presto recobra su

(1) *Odisea*, canto XIII, v. 197 y sig.

primera energía; y desecha todo temor, así que se halla delante de los pretendientes. Proseguirá hasta el fin el cumplimiento de sus designios con invencible perseverancia, y para asegurar mas sus golpes humillará su altivez, sufrirá en silencio hasta el desprecio de sus enemigos y los mas sangrientos ultrajes. Todavía hará mas: admitido á la presencia de Penélope, quien no puede conocerle, acallará sus afecciones, y no dirá: Soy Ulises; guardará, sí, su secreto hasta el instante señalado por su prudencia y por los dioses. « Daba á todas esas mentiras los colores de la verdad, y Penélope, á tales relatos, deshacíase en llanto. Como la nieve por el céfiro amontonada en la cumbre de los montes se derrite al soplo del Euro y aumenta el caudal de los ríos, así las hermosas mejillas de Penélope se bañaban de lágrimas; y lloraba á su esposo, que ante ella estaba. Ulises, por su parte, compadecía de corazón á su afligida esposa; pero sus ojos, como el cuerno ó el hierro, permanecieron fijos en sus párpados. A fin de sostener su ardor, reprimió el llanto (1). »

Carácter de los demás héroes de Homero.

Quisiéramos poder desarrollar á la vista la larga y magnífica serie de los retratos trazados por el poeta; todas aquellas figuras majestuosas ó terribles, melancólicas ó risueñas, que pueblan y animan la *Iliada* y la *Odisea*; aquel mundo fantástico, pero completo y vivo, en que el ideal nunca adolece de vaguedad, y es el relieve, digámoslo así, el esplendor de la realidad. Despues de Dios, Homero es el mas grande y mas fecundo creador de hombres. Has-

(1) *Odisea*, canto XIX, v. 203 y sig.

ta los personajes más secundarios, los que no hacen más que pasar por delante del lector, como las sombras por delante de Ulises, tienen su fisonomía distinta y son alguien. Los personajes de Homero nunca son abstracciones como el fiel Acates, por ejemplo, ó el fuerte Gias, ó el fuerte Cloanto: no da á conocer á sus héroes solo por medio de epítetos; tampoco se limita á decir quiénes son y de dónde vienen: les vemos obrar, les oímos hablar, y su nombre nos trae á la memoria un recuerdo claro y preciso. No solo nos acordamos de ellos, sino que nos fuera imposible figurárnoslos con rasgos diferentes de los que les dió Homero. Nadie se olvidará de Ajax, hijo de Telamon, aunque solo haya leído de la *Iliada* lo que vamos á transcribir.

«Entretanto Júpiter, desde lo alto de su trono, envía el temor al alma de Ajax. El guerrero se detiene asombrado, y échase á la espalda su escudo de siete cueros de buey. Sobrecogido de espanto, aléjase dirigiendo sus miradas á la muchedumbre, semejante á una fiera, y volviendo con frecuencia la cabeza; y sus pasos son tardos. Así como un fiero león es rechazado lejos del establo por los perros y los campesinos que, velando toda la noche, no le permiten cebarse con la gordura de los bueyes: ávido de carne, el león se abalanza, pero son vanos sus esfuerzos; de todas partes llueve sobre él una granizada de dardos arrojados por manos audaces, y teas encendidas ante las cuales retrocede á pesar de su rabia; y se retira al amanecer con la tristeza en el corazón; así Ajax se alejaba entonces de los troyanos con el alma triste y muy á pesar suyo, pues temía mucho por las naves de los aqueos. Como cuando un asno de perezosa andadura, al pasar cerca de un

campo de trigo penetra en él á despecho de los mozos que le detienen y de las numerosas varas que se rompen sobre su lomo, devora la mies profunda, y los mozos le muelen á palos; pero su fuerza es impotente, y solo consiguen echarle con gran trabajo, cuando ya está harto de comer; así los troyanos magnánimos y sus aliados venidos de lejos no cesan de perseguir al grande Ajax, hijo de Telamon, y agujerean con sus azagayas el centro de su escudo. Ora recuerda Ajax su vigor impetuoso: vuélvese, y contiene las falanges de los troyanos domadores de corceles; ora emprende de nuevo la fuga; pero impide á todos los enemigos que se acerquen á las naves. Allí está, en el espacio que separa á troyanos y aqueos, agitándose con furor; y los dardos vuelan contra él, lanzados por atrevidas manos: los unos se clavan en el grande escudo; pero muchos se detienen por el camino, antes de rozar su blanco cútis, y permanecen fijos en el suelo, impacientes por saciarse de su cuerpo (1).»

Heroínas de Homero.

Lo que decimos de Ajax pudiéramos decirlo de otros muchos, y con no menos justas razones, especialmente de las mujeres cuyas graciosas imágenes pintó Homero. Helena, por ejemplo, es la belleza; también es una esposa culpable, ó antes bien una víctima del amor.

Hé aquí de qué modo caracteriza Homero la hermosura de Helena: «Entretanto los ancianos del pueblo, Priamo y Pantoo, y Timetes, y Lampo, y Clicio, é Icetaon, vástago de Marte, y Ucalegon, y Antenor, ambos sábios, estaban

(1) *Iliada*, canto XI, v. 544 y sig.

sentados mas arriba de las puertas Esceas. Habian renunciado á los combates á causa de su vejez; pero eran grandes habladores, semejantes á las cigarras que, desde un árbol del bosque, despiden un canto armonioso. Tales eran los jefes troyanos sentados en la torre. Así que vieron á Helena que se encaminaba á la torre, dirigieronse mutuamente en voz baja algunas palabras sueltas: «No hay que indignarse de que los troyanos y los aqueos de fuerte armadura sufran tantos males desde há tanto tiempo por esa mujer: párecese asombrosamente en el rostro á las diosas inmortales (1)!»

No son menos profundos y felices los rasgos con que describe el poeta á la mujer culpable y arrepentida, pero sujeta por debilidad al yugo del amor. Príamo no la acusa de ser la causa de la guerra, y resignándose á la voluntad de los dioses que han armado á los griegos contra Ilion, muéstrase afectuoso y bueno para Helena. Con todo eso, si él la perdona, no se perdonará ella misma; y cuando el anciano la pregunta el nombre de un guerrero á quien divisa desde lo alto de la torre, le contesta: «Me llenas, querido suegro, de respeto y de temor. Ah! porqué no preferí una muerte funesta, cuando seguí á tu hijo á estos lugares, abandonando mi tálamo y á mis hermanos, y á mi amada hija, y á mis amables amigas de la niñez! Mas no fué así! y heme consumido en llanto (2)!» Hector es bueno tambien y afectuoso para ella; pero delante de él sobre todo manifiesta Helena elocuentemente su confusion y vergüenza: «Cuñado mio, exclama, soy una infame, la autora de mil

(1) *Iliada*, canto III, v. 446 y sig.

(2) *Ibid.*, canto III, v. 472 y sig.

males, una mujer horrible. ¡Pluguiera á los dioses que el dia en que mi madre me dió á luz, un huracan destructor me hubiese arrebatado á un monte, ó por las aguas del resonante piélago! Habríanme tragado las ondas, antes de que aconteciesen tales desgracias. Mas ya que los dioses habian decretado semejantes calamidades, á lo menos hubiese sido la compañera de un hombre mas valiente, sensible á la indignacion y á los reproches de los demás. Ay! ese hombre tiene un alma sin entereza, y nunca tendrá valor: por eso saboreará, segun creo, los frutos de su debilidad. Pero entra, hermano mio, y siéntate en éste sitio, que la fatiga te quita los bríos, por culpa mia, por mi infamia y por el crimen de Alejandro. Júpiter nos ha impuesto á entrambos un infausto destino, á fin de que hasta la posteridad nos tome por asunto de sus cantos (1).» La enérgica é intraducible sencillez de la expresion realza todavía lo delicado del sentimiento y lo noble del pensamiento. Una mujer de tal modo arrepentida merece perdon y olvido. Cuando Vénus haya soltado su presa, cuando Menelao haya perdonado, el sosiego y la paz volverán á regalar á esa alma apenada, y Helena será otra vez lo que es en la *Odisea*, una mujer blanda y modesta, consagrada á sus deberes, y digna, aun despues de su falta, de haber recuperado el cariño de su primer esposo.

¡Y Penélope, tipo del amor fiel y de la virtud! y Andrómaca, esposa no menos fiel y mas tierna aun! y Nausicaa, amable hija de Alcinoos! y Calipso y Circe, mas mujeres que diosas! ¡Cuánta gracia! cuánta hermosura! cuántos atractivos! Sí, Homero robó á Vénus el maravilloso

(1) *Odisea*, canto VI, v. 344 y sig.

ceñidor: los recursos del arte humano no alcanzan á esas admirables creaciones; á lo menos en ninguna parte vemos resplandecer mas manifesto y mas puro de toda mezcla terrestre al dios que en sí llevaba Homero. La inspiracion no es una vana palabra, y el genio tiene verdaderamente sus hallazgos, de lo cual nos persuadimos mas y mas al pensar en las mujeres de nuestro inmortal poeta.

Sencillez de la poesia de Homero.

+ Los poetas dramáticos examinaban la *Iliada* y la *Odisea* en todos sentidos, y de esta mina fecunda sacaron incalculables tesoros. ¿Quién pudiera decir todas las tragedias cuyos argumentos y héroes suministró Homero? Hasta la musa cómica le ha debido mas de uno de sus triunfos: el Cíclope de Eurípedes es de ello una prueba todavía elocuente; y á la verdad no es ese el único drama satírico ó la única bufonada á Homero debida. Las aventuras de Ulises disfrazado de mendigo, y su pugilato con Iro, eran dignos de la gravedad de los émulos de Aristófanes. Tersitas no era tampoco un héroe despreciable para ellos, y su insolente franqueza podia enderezar á los espectadores algunas de aquellas lindas verdades que son la mejor sal de la comedia antigua. Este extraño personaje, cuyo nombre designa aun hoy la impudencia, es uno de los tipos mas curiosos de la *Iliada*: Homero le describió con mano maestra: «Solo Tersitas, hablador sempiterno, voceaba aun como un grajo: era un hombre hábil en proferir toda clase de injurias, que declamaba contra los reyes á la ligera y con descaro, únicamente atento á excitar la risa de los argivos. Por otra parte, el mas feo de cuantos se habian presentado

delante de Ilión: era vizco, cojo de un pié, tenia los hombros arqueados y encogidos sobre el pecho, la cabeza puntiaguda á lo alto, y en ella revoloteaban algunos ralos cabellos (1).»

X La musa de la epopeya antigua no es aquella mojugata que algunos se figuran, fria, comedida, perpetuamente embozada en el manto de la modestia y del decoro. Narra la naturaleza humana, y como la obra de Dios, reviste alternativamente y sin el menor esfuerzo los mas opuestos caracteres. Majestuosa y sencilla, sublime y familiar, nada humano la es extraño ni indiferente; y muchas veces, como alguna de sus heroínas, rie y llora á un tiempo. Sus personajes hablan el lenguaje que deben hablar, franco, libre, enérgico, siempre adecuado á la situacion, sin falso pudor, sin disfraz ni afectado estudio. Patroclo rompe de una pedrada la cabeza de Cebrion, quien conducia los caballos de Hector, y exclama con befa al verle caer del carro: «Grandes dioses, ese sí que es hombre ágil! qué bien imita al somorgujo! Sí, en cualquier parte del mar abundoso en peces, pudiera hartar con su pesca á muchos convidados, arrojándose de la nave para buscar ostras, aun en tiempo borrascoso; ved sino cómo en la llanura se zambulle desde lo alto de un carro! Pues á fé que los troyanos tampoco carecen de buzos (2)!» Esta imágen burlesca y esta rara ironía pintan la feroz satisfaccion de Patroclo con bastante energía, á nuestro entender, si no con arreglo á las prescripciones de los géneros, inventadas tantos siglos despues de Homero. No serémos nosotros quienes se quejen de

(1) *Iliada*, canto II, v. 212 y sig.

(2) *Ibid.*, cant. XVI, vers. 745 y sig.